

A TIENTAS

[**M**ariah Meneses **W**ashington]



Prólogo

Muy pocos prólogos merecen ser escritos. En este caso, este prólogo no debería ser escrito, ni tampoco leído, porque antecede a la segunda novela de Mariah Meneses Washington y, como todo prólogo innecesario, ya empieza dándose importancia a sí mismo en un discurso metalingüístico, haciendo ver que no está estando, y pidiendo perdón. En concreto, a mí este prólogo me molesta y me aburre, no tanto porque lo esté escribiendo yo mismo, que también, sino porque, como un apósito externo, fuera de lugar, va a impedir que el lector se sumerja directamente en las 352 páginas de viaje intelectual, emocional y narrativo que la autora ha preparado para sus lectores.

Ahora paso a dejar de hablar de mi mismo, es decir, del prólogo, para empezar a hablar de la novela. Dice Mariah Meneses Washington que *A tientas* es su segunda novela, después de *Las chicas de Lorna Jackson*, pero yo

creo que miente, porque no parece para nada una segunda novela; en todo caso, parece la decimocuarta novela de una escritora con mucho oficio y talento que despliega un pulso narrativo sustentado en la base del oficio: escribir cada día hasta hipertrofiar —en el buen sentido de la palabra— el músculo de la narrativa.

¿Cómo es posible que alguien en su segunda novela demuestre tal capacidad de imaginación al servicio de la historia?, ¿cómo se puede conseguir esa capacidad con tan pocas páginas u horas de vuelo? Cuando repasas el currículum de Meneses puedes encontrar algunas respuestas: estudió en la ECIB (la Escuela de Cine de Barcelona), realizó un máster en guion cinematográfico en UPC-ETSEIB Live y más tarde otro en la UCLA. Vivió en Los Ángeles durante seis años trabajando en Hollywood, al principio en el departamento de producción, más tarde en el de dirección y luego como novelista y guionista. Solo los que vivimos a caballo entre los dos mundos (cine y literatura) sabemos que no solo se confunden uno y otro, sino que, en realidad, son el mismo. En ambos, lo

fundamental es el arte de contar historias. Como buena guionista, Meneses Washington es una extraordinaria novelista y, como buena novelista, es una excelente guionista.

A tientas está escrita sin prisa, con pulso, con ganas de mejorar a cada trazo, en cada reescritura. La historia que plantea la novela, y a pesar de que algo ha llovido, no traiciona a la pequeña María Meneses de nueve años que decidió que de mayor sería escritora. Y no lo hace porque la autora ha entendido lo que muchos autores olvidan: escribir es, sobre todo, un juego.

Una de las cosas que más me sorprendieron al leer la novela fue la capacidad de coger una idea, un tema central, y exprimirla, dándole un recorrido lleno de tensión dramática, haciendo que, página a página, el lector se pregunte qué pasará a continuación. En A tientas, la autora nos plantea el siguiente dilema: cómo te puede cambiar la vida de un segundo a otro; cómo la concatenación de decisiones, acertadas o erróneas, pensadas o no, hacen la

suma de una existencia que podría haber sido muy distinta por un pequeño matiz.

A medio camino entre el thriller y la novela negra, si es que acaso no son lo mismo, la autora pone muchos elementos en juego y un singular talento para la descripción de las sensaciones imaginadas que perciben los personajes en cada escena. La imaginación de Meneses es vigorosa, desbordante, entrelazada y compleja. Avanza hacia un lugar y, cuando parece que el lector entiende los mecanismos del dispositivo, de repente, da una nueva vuelta de tuerca y nos mueve a un terreno nuevo, fértil e ignoto.

Por este motivo y no por otro, cuando digo que este prólogo molesta, embarra y sobra es porque en realidad no quiere estar aquí, prefiere desvanecerse para que el lector pueda así disfrutar de esta apasionante historia que espero le arrastre en un torbellino de emociones y mecanismos psicológicos que espero que, como a mí, le deje una huella emocional imborrable.

El talento y la intuición que Mariah Meneses Washington desborda en estas páginas de A tientas se sustentan en aquello único y elemental que necesita un escritor para trabajar, narrar y pervivir: la imaginación.

Enric Pardo

Novelista, guionista, profesor, jefe de departamento de Ficción Tv y director de cine

Premio Ondas 2020

*Algunos respiramos rápido,
intentando alcanzar nuestros sueños,
viviendo por y para el futuro.
Pero la vida ocurre aquí y ahora.
¿Nunca has sentido que caminabas a tientas en el cielo?*

Capítulo 1

DECLARACIONES

Jueves, 18 de junio de 2015



Zoë Tucker

Siempre pensé que sería capaz de matar; sin embargo, tuve que cerrar los ojos para poder hacerlo. No hubo ocasión de apuntar. Solo sentí mis dedos, y estos apretaron el gatillo. Un charco de sangre caliente se derramó en el suelo. Retrocedí un paso. El arma me quemaba la mano, la solté. La ausencia de vida de un segundo a otro me aterrorizó. Me vomité en los pies.

Zoë

Sobre la tapa de la carpeta con el nombre de Zoë Tucker,
una nota a lápiz:

Coeficiente intelectual: 148

Exploración psicopatológica al ingreso: Psicopatía
paranoica derivada a esquizofrenia.

Test psicológicos: Personalidad agresiva compulsiva,
estado afectivo sin valorar. Muestra perversidad para
ocultar su estado cognitivo con respecto a test
realizados con anterioridad.

Le pido que escriba algo que la caracterice. Escribe
repetidamente: «A veces me doy miedo y, sin
embargo, es cuando estoy segura de ser yo. Hay que
aprovechar los momentos de lucidez».

Juicio diagnóstico: Según la clasificación CIE10 de la
OMS, diagnóstico psiquiátrico F20 (duración
requerida de los síntomas de la esquizofrenia).

Psicofarmacología: Litio y psicoterapia.



Cloe Di Marco

Cuando crees que conoces las reglas, la vida da un giro y cambia el juego.

Encendí la grabadora y la coloqué en el asiento del copiloto. Conducía pensando en los problemas psicológicos que podría tener el personaje de mi libro. Debía tener una enfermedad diagnosticable para cometer aquellos crímenes. Nadie puede matar sin una razón. Tenía que encontrarla antes de escribir el siguiente capítulo. Comenzaba a llover.

Frené ruidosamente ante el semáforo rojo. La masa trabajadora corría a su esclavitud, alguno llegaría tarde

para atar sus cadenas. Siempre he odiado a los borregos. El semáforo cambió a verde. ¿Ese era Donnie? Sí, era él. Caminaba por la parte derecha de la calle. Aceleré con una sonrisa en mis labios, imaginando que le atropellaba. Llovía más fuerte.

La idea de Donnie sangrando sobre mi parabrisas me hizo sonreír más. Imaginé que, herido, observaba como yo continuaba conduciendo mientras me encendía un cigarro y me relajaba con la música de Creedence. Mi conciencia se revolvió incómoda. Frené.

Donnie intentaba cruzar la calle para resguardarse de la fuerte lluvia. No había nadie alrededor, ambos llegábamos tarde a trabajar. La gran cortina de lluvia no le dejaba ver mi coche. Yo, sin embargo, estaba tan cerca que pude ver, entre los movimientos del limpiaparabrisas, su nuevo tatuaje en el hombro izquierdo.

Aceleré. Parecía haber pasado una vida desde que se rompió nuestra inquebrantable amistad. Donnie se giró. Levantó la cabeza como el perro que sabe cuándo va a pasar la niña triste. Sus ojos me reconocieron.

Aceleré y cerré los ojos. Aquel cabrón no volvería a decepcionarme. El impacto en un coche como el mío fue mínimo, sabía que lo había atropellado porque tuve que sujetar con fuerza el volante.

Al abrir los ojos vi tanta sangre en mi cristal que parecía imposible que siguiera vivo. La lluvia y el limpiaparabrisas borraban rastros de vida de Donnie de mi coche. Pude verle por el retrovisor, atrás, tumbado en el suelo. Inmóvil.

Y tras aquella gran cortina de agua, cómplice de mi silencio, desaparecí escuchando, sorprendentemente tranquila, a Leonard Cohen. Quizá nunca haya querido a nadie. Quizá no sepa querer.

Cloe

Cloe es una escritora que ha reescrito su último libro mil veces y ejerce como publicista. Entró y su mirada se clavó en mí. Sus ojos negros me observaron brevemente

intensos. Fue directa al diván y se tumbó. Al quitarse las botas negras de tacón de aguja, encendió un Winston y cerró los ojos. Abrí su carpeta.

Coefficiente intelectual: 162

Exploración psicopatológica al ingreso: Síndrome obsesivo compulsivo.

Test psicológicos: Personalidad dominante, irreprimible, estado afectivo positivo, estado cognitivo perfecto.

Anamnesis y exploración psicopatológica: Trastorno del control de impulsos. Propensión morbosa a robar.

Juicio diagnóstico: Síntomas propios de la cleptomanía. Reducción del nivel de serotonina en el cerebro.

Psicofarmacología: Combinación de fluoxetina (Prozac) y psicoterapia (duración aproximada cinco meses).

Observaciones: Al contrario de los cleptómanos habituales, no siempre roba objetos sin intencionalidad de aprovechamiento. Presenta trastornos del sueño. Insomnio.

Sus movimientos son lentos y premeditados, como los de una chica mala de cine negro.

–Cloe, ¿verdad?

–¿No sabes leer? Has visto mi nombre en el historial. Me aburren las preguntas triviales. ¿Qué conversación interesante tienes para mí?

–Aquí no se puede fumar. Apaga el cigarro, por favor. ¿Siempre fumas compulsivamente?

–Juego con la vida. ¿Tú no? Si no, nada tiene sentido.

–Necesitamos hablar de lo que hiciste con Donnie.

–No. Hablemos mejor de cómo te follas a tu mujer pensando en una chica como yo.

Era imposible olvidarla. El brillo de sus ojos, las uñas rojas de sus pies, un tatuaje tribal negro con forma de

dragón en el cuello, sus hombros estrechos... Era delgada, morena y medía alrededor de metro sesenta. Intensidad era la palabra que la definía perfectamente.

Sesión finalizada.

Y sin haber prestado tanta atención a sus palabras como a ella, no pude apartar la mirada mientras cerraba la cremallera de sus botas.



Adhara Kudrow

Enmudecieron todos. Conozco esa sensación, se les heló la sangre. No tenían más remedio que soltarme. Sabía que me esperaba un linchamiento popular. Hicieron un pasillo. Nadie se atrevió a tirar la primera piedra. Frente a mí estaban los familiares armados, era lo justo. El padre me apuntó al pecho. Me ofrecieron un caballo para irme de allí. La leyenda les asustaba.

En mi vida hay tres cosas importantes: yo, mi ego y yo.

No temáis al cuchillo, no hace nada sin mí.

Adhara Kudrow

Su carpeta era incompleta:

Coeficiente intelectual: Probablemente por encima de 160. Creemos que no sabe escribir.

Exploración psicopatológica al ingreso: No diagnosticada.

Test psicológicos: No efectuados.

Anamnesis y exploración psicopatológica: Sin diagnosticar.

Observaciones: Negación absoluta a someterse a ningún test rutinario o búsqueda psicopatológica.

Nota: Suerte, Dr. Bloomberg.

Acerca de la autora



Novelista, guionista, directora y Productora de cine y teatro en Europa y Estados Unidos. Estudió novela en l'Aula d'Escriptors de Barcelona, Producción y Dirección de cine en la Escuela de Cine de Barcelona (ECIB) y se especializó en guion cinematográfico en ETSEIB-UPC Live.

Ha trabajado en el mundo del cine en Barcelona, Londres, Los Ángeles, Miami y Kansas. Mariah Meneses Washington escribe con imágenes, es contundente y rápida en la acción. Influenciada por sus estudios de cine escribe novelas con tintes de guion cinematográfico.